

LA MITOLOGÍA GRIEGA COMO HERRAMIENTA PARA ENSEÑAR LA FILOSOFÍA DEL OLIMPISMO

Francisco Javier López Frías
Universidad de Valencia

Emanuele Isidori
Universidad de Roma

Fecha de recepción: Diciembre de 2014

Fecha de aceptación: Mayo de 2015

Resumen:

Este artículo defiende que las narraciones míticas griegas deben tener un papel importante en la enseñanza de la filosofía del olimpismo. Se mostrará, primero, que el olimpismo, como ideología, surgió de los mitos y como mito en sí mismo. Para ello, ofreceremos un análisis del concepto de mito centrándonos en su dimensión existencial. Segundo, mostraremos que el deporte actual aún se asienta en las narraciones míticas griegas ya que está fundado en ciertos valores que ya se encontraban en los mitos antiguos. Con ello, se mostrará la relevancia que tienen las narraciones míticas para la enseñanza de la filosofía del olimpismo.

Palabras clave: mitología griega, filosofía del deporte, pedagogía de la filosofía del deporte, ética.

GREEK MYTHOLOGY AS A TOOL TO TEACH THE PHILOSOPHY OF OLYMPISM

Abstract:

This paper will argue that mythical Greek narratives should play an important part in teaching philosophy of Olympism. It will, firstly, show that modern day sports emerged from myths and as a myth in itself. To do so, a brief analysis of the myth in Greek culture will be sketched by focusing on its existentialistic dimensions. Secondly, this paper will show that contemporary sport is still rooted in mythical Greek narratives and thereby it is grounded on values already found in ancient myths. In doing so, it will highlight the relevance of mythological narratives for teaching philosophy of Olympism. Thus, *mýthos* and *lógos* will be unified in a “new agonistic *paidéia*”.

Key Words: olimpism, school, sport, education, ICT

1. Paideia y deporte, ¿una relación casual?

Para los antiguos griegos, un mito no era simplemente una historia — o un cuento — rico en contenidos religiosos y poéticos, tal y como los vemos desde nuestra perspectiva moderna actual, sino que era un cuerpo de conocimiento “científico” — o, más bien, veraz — sobre el mundo, a la vez que una fuente de normatividad, tanto para la sociedad como para el individuo. Aunque la historia del pensamiento griego suele concebirse como la de la emancipación del conocimiento mítico con vistas al conocimiento científico, el famoso “paso del mito al logos”, lo mítico siguió poseyendo un valor esencial en la cultura griega clásica. Como ha mostrado el famoso *Paideia* de Werner W. Jaeger, no había códigos legales escritos ni sistemas éticos establecidos en la Grecia antigua. El comportamiento de los sujetos era guiado por el ejemplo que suponían las vidas de los héroes y la sabiduría popular. Ambos se encontraban en los mitos, y eran transmitidos de modo oral de unas generaciones a otras. Este es el motivo por el que Homero y Hesiodo se pueden concebir como los educadores de las gentes de aquella época, y la *Ilíada* como su “Biblia”.

Muchas otras culturas antiguas crearon sus propios mitos, narrativas, e historias con el fin de comprender, o más bien, dar sentido al mundo. Sin embargo, como defiende Jaeger (1942), la cultura griega tiene algo especial comparado con el resto. Los mitos griegos alcanzaron unas dimensiones pedagógicas que no poseían el resto de civilizaciones, ya que para ellos las narraciones míticas que daban vida a su cultura mostraban el camino al ser humano para alcanzar la perfección. Este proceso de formación de las personas con vistas a la perfección humana es lo que se denominó como *paideia*, en la que la educación física o corporal estaba incluida, a pesar de que muchos pensadores griegos, como Aristóteles, afirmaron que la perfección se alcanza a través de la tarea más noble del alma: la contemplación.

Para ser un hombre perfecto en la Grecia antigua, era necesario cultivar tanto el cuerpo como el espíritu o razón. En Homero, por ejemplo, podemos leer que el maestro de Aquiles, Fénix, afirmaba que su pupilo era el mejor guerrero que había existido, el más excelente, porque combinaba unas habilidades físicas excelsas con las intelectuales. Puede verse, pues, que la posibilidad de que el hombre alcance su “verdadera” forma a través de la educación exigía tanto cultivar los aspectos corporales como los racionales. De hecho, el nacimiento de los Juegos Olímpicos fue aparejado, al menos espiritualmente, a una historia de autorrealización y lucha por la perfección: el mito de Hércules, que trata de uno de los mayores guerreros de la mitología griega y que alcanzó la perfección, entendida como inmortalidad, desde la corporalidad.

En este artículo defenderemos que, en tanto que el ideal de la perfección del ser humano, es decir, el sueño humanista, permanece vivo en nuestra sociedad, podemos utilizar varios de los mitos griegos para aprender lecciones no sólo pedagógicas, sino también filosóficas relacionadas con el valor del deporte — y de los mitos — y su lugar en la formación de los individuos. Es más, nuestra propuesta será aún más radical, y defenderá que aun a día de hoy sería muy fructífero emplear los mitos griegos para enseñar y expandir aquellos valores que consideramos como valiosos dentro del deporte.

2. El Olimpismo como mito

El mito originariamente es una narración, habitualmente de origen sagrado, que trata de *explicar el origen del mundo* o cómo la humanidad comenzó a existir del modo que es ahora. En un sentido más amplio, el mito también puede ser cualquier historia tradicional que trata de *dar razón de un estado de cosas*. Los mitos pueden, por ejemplo, nacer como una explicación exagerada de un *hecho histórico* o como una alegoría para dar sentido a fenómenos naturales sin explicación y, con ello, *calmar las conciencias* de los individuos que no podían encontrar razón a tales hechos. Estas historias, además, habitualmente son protagonizadas por personajes sobrenaturales o, al menos, muy excelentes que son utilizados por gobernantes o religiosos para, a su vez, *enseñar una lección*. Así pues, siguiendo a Joan-Carles Mélich (1996) en su “*Antropología simbólica y acción educativa*”, pueden encontrarse cuatro funciones principales que se le han otorgado al mito: a) cosmológica; b) histórica; c) sociológica; y d) psicológica.

Los mitos olímpicos desempeñaron también estas cuatro funciones. Sin embargo, si atendemos a la propuesta de Maganane, los mitos deportivos poseen algo especial comparado con el resto (cit. por Lenk, 1976), a saber: nos sirven para identificarnos con los valores de una “cultura no oficial” que son más sencillos de captar y aceptar que los de la “cultura oficial” en que vivimos. El deporte, por lo tanto, nos proporcionaría una manera más sencilla de tener acceso a una ontología del mundo, o más bien a un modo de vida, que la proporcionada por las narraciones míticas tradicionales.

A la luz de esta propuesta, y conociendo la función humanística que los griegos otorgaron al deporte, diversos autores, sobre todo del ámbito de la pedagogía, como el Barón Pierre de Coubertin, fundador de los Juegos Olímpicos Modernos, han tratado de proponer una visión humanística del deporte como mitología moderna, como *religio athletae*, en términos del propio de Coubertin (Isidori y Reid, 2011). Estos autores tratan de recuperar del deporte esos elementos mágicos, “encantadores”, que en su día poseyeron y aún tienen el potencial de desarrollar. Así por ejemplo, el padre del Olimpismo moderno, afirmó que:

“una fuerte democracia, un sabio y pacífico internacionalismo, penetrarán el nuevo estadio y preservarán dentro de él un culto honorable y desinteresado que permitirá al deporte ayudar en la tarea de educar moralmente y lograr la paz social” (Pierre de Coubertin, 1986, cit. por Loland, 2003)

De este modo, el Olimpismo se sitúa del lado de aquellos valores y principios que desde la Grecia Clásica han ido dando forma a nuestra civilización occidental, la cual, como bien supo ver Jürgen Habermas (2009), siempre pretende la universalidad y, a través de ella, no ser la expresión de una cultura determinada, sino de cualquier ser humano en tanto que ser humano, es decir, como ser racional que reclama una dignidad y respeto.

Así, el ideal olímpico no pertenece exclusivamente a nuestra civilización occidental (McNamee, 2006; Parry, 2006, McLaughlin & Torres, 2012), sino al mundo en global, a la totalidad de las gentes que lo habitan y habitaron. Sin duda, los Juegos Olímpicos son, o al menos lo pretenden, los abanderados del proyecto universalista moderno. Sin embargo, en gran parte debido a la comercialización y éxito mediático de los Juegos, este objetivo y potencial “encantador” del deporte olímpico ha sido: o bien olvidado, o duramente criticado y tachado de ideología barata, por ejemplo, por la mayoría de los autores marxistas (Morgan, 1994). Uno de los objetivos de este trabajo es el de “re-encantar”, utilizando los términos de Max Webber (2001), el mundo del deporte actual, sobre todo, en lo relativo al Olimpismo.

Esta posibilidad resulta muy desafiante para nuestro tiempo. Como hijos de la Modernidad, nuestra época se caracteriza por la tendencia cultural mayoritaria de utilizar el conocimiento científico para desmitificar la realidad y alcanzar “la Verdad”. Los mitos no tienen lugar alguno en nuestro mundo moderno, como mucho, pueden ser un objeto de curiosidad o coleccionista, pero nunca proporcionar visiones del mundo o criterios normativos. Esta tendencia puede rastrearse mucho más allá de la Ilustración, pues ya Platón expulsó a los poetas de su República.

3. Los mitos en el deporte. Su valor pedagógico y sentido ético

Diversos individuos han sido concebidos como fundadores míticos de los antiguos Juegos Olímpicos. Uno de ellos es Pélope (Morford y Lenardon, 2002: 404-407), cuya condición de instaurador de los Juegos prevalece sobre el resto, principalmente, porque está relacionada con un hecho de gran relevancia: el fin de totemismo y el culto a los animales; razón por la que el mito de Pélope se encontraba en el pedimento del colosal templo de Zeus en Olympia.

No podemos detenernos en esta historia al completo aquí, baste decir que el padre de este mítico personaje griego fue Tántalo, acaudalado rey quien en el monte Sípilo en Anatolia, degolló a su hijo y sirvió su carne, durante un festival que incluía juegos, con el fin de poner a prueba la omnisciencia de los dioses. Sabedores del terrible acto que había cometido Tántalo, los dioses rechazaron la ofrenda “caníbal” — lo cual simboliza el fin del totemismo y el culto a los animales-. En lo que se refiere al deporte, el mito de Pélope muestra la superioridad moral de la competición limpia llevada a cabo sin derramamiento alguno de sangre. Según otra leyenda, fue Hércules, del que más tarde hablaremos ampliamente, quien instauró los Juegos en la Antigüedad.

Independientemente de quien sustente el título de fundador mitológico de los antiguos Juegos, lo importante aquí es mostrar que éstos fueron ligados ya desde su nacimiento a una narración mítica que no sólo trató de dar razón de ellos, sino también de proponer una visión normativa de los mismos, así como del mundo. ¿Puede esta propuesta normativa aplicarse aun a nuestros Juegos modernos?

En principio, la respuesta a esta pregunta no puede ser más que afirmativa, pues, tal y como han mostrado, por ejemplo, Jaeger (1942) o la Teoría Crítica (Adorno y Horkheimer, 1991), nuestra cultura moderna contiene fragmentos fundamentales que provienen de la Grecia clásica. Dado que nuestra Historia comienza con ellos, compartimos un conjunto de ideales y principios intelectuales comunes. En palabras de Jaeger, “Grecia aun satisface algunas necesidades de nuestra propia vida” (1942, xv). Como también mostraron Adorno y Horkheimer (1991), la propia idea de sujeto moderno se encuentra ya en la *Odisea*, así como la necesidad de apartarse del mundo de los placeres y apariencias y sostenerse en la razón — apelando a la imagen de Odiseo atándose al mástil de su nave para no sucumbir ante el canto de las sirenas.

Una de estas necesidades existenciales comunes entre nosotros y los griegos es, sin duda, la de “crear un tipo de hombre más excelso” (Jaeger, 1942, xvii). La cual se encontraba a la base de la educación griega entendida como *paideia*, es decir, como llevar al ser humano a realizar el ideal de lo que debería ser, y no como entrenamiento o *techné*, más preocupada en formar habilidades y disposiciones muy concretas, sobre todo, de carácter productivo. Las discusiones en torno al deporte encajan perfectamente con este contexto ya que, como ha mostrado Hans Lenk (1976, 15), el principio normativo a la base del deporte es el “principio del logro”, que consiste en que: “*el deporte presenta un medio concreto muy atractivo para la demostración de la individuación, el desarrollo personal, y la auto-confirmación de los hombres más jóvenes en referencia a las metas y los criterios de valor que se encuentran [oficial y] emocionalmente aprobados en su cultura*”.

A diferencia de la incertidumbre que rodea el nacimiento de los Juegos Olímpicos en la Antigüedad, nosotros, los modernos, sí sabemos con certeza quiénes fueron los encargados de revivir y re-instaurar nuestros Juegos Olímpicos (1996). Entre todos ellos destaca del barón Pierre de Coubertin, pedagogo y propulsor definitivo de los Juegos, quien conocía muy bien el ideal humanístico de las prácticas sociales antiguas. Por ello, su recuperación de los Juegos pretendió también retomar el elemento normativo, de aspiración a la auto-realización del hombre, inscrito en los Juegos de la Antigüedad.

Con ello, como vimos en una cita más arriba, Coubertin quiso convertir el deporte moderno en abanderado y fuerza impulsora del cosmopolitismo moderno, para con ello generar un paradigma de paz, tolerancia, y amistad global que sacara lo mejor de los individuos. De este modo, el aspecto mítico de los Juegos trató de ser revivido en la Modernidad. Sin embargo, parece que el éxito de éstos como espectáculo de masas, así como su vinculación a poderes fácticos tan importantes como la economía o la política, han desprovisto a este mega-evento moderno de su labor pedagógica.

Cierto es que tanto el *Comité Olímpico Internacional*, como otras instituciones supranacionales como *Naciones Unidas* no cesan en su empeño de destacar la peculiaridad e importancia del deporte como educador y “generador ético”. Sin embargo, estas declaraciones parecen, más bien, una tarea de cosmética, que no de ética, pues sólo pretenden dar el mejor aspecto posible a su propia labor e importancia en el mundo actual.

Para tratar de recuperar la vitalidad pedagógico-ético-mítica del deporte, analizaremos en lo que sigue una serie de mitos griegos vinculados al deporte con el fin de extraer qué enseñanza filosófico-pedagógica esconden con relación tanto a esta actividad, como a la sociedad en general. Comenzaremos por Hércules y pasaremos por Hermes, Hefestos, Prometeo, e Ícaro y Dédalo. Cada uno de ellos sacará a relucir temas tan importantes para nuestra reflexión crítica sobre la realidad deportiva como la función del dinero, la aplicación de la tecnología, las motivaciones ideales del atleta...

4. Mitos griegos empleados como herramientas pedagógicas

Para fundamentar nuestra tesis de la continuidad entre el deporte y las sociedades de la Antigüedad y la Modernidad, vamos a utilizar diversos mitos griegos con el fin de mostrar que sus valores principales son totalmente aplicables a ambas realidades, es decir, que existen temas, valores, principios, debates, problemas, etc. que son atemporales. Así, por ejemplo, mostraremos que muchos de los problemas que existen hoy en el deporte ya fueron enfrentados por los griegos. De este modo, atacamos directamente posiciones muy importantes dentro

de la filosofía del deporte, como, por ejemplo, el interpretacionismo convencionalista de William J. Morgan (2012), que defiende la no comunicabilidad entre distintas épocas y culturas deportivas debido a la existencia de vocabularios y criterios normativos inconmensurables. Además, como consecuencia de nuestra propuesta, dada la mayor facilidad para la transmisión de contenidos que poseen los mitos, afirmaremos que éstos deberían ser empleados más a menudo en nuestras aulas con el fin de enseñar la importancia de ciertos valores y principios dentro del deporte. Este es un breve esbozo del plan a seguir en lo que resta del artículo:

- 1) Expondremos el mito de Hércules para analizar ciertos criterios normativos a tener en cuenta a la hora de analizar la competición deportiva, así como para plantear la pregunta por el deportista perfecto o ideal.
- 2) Junto con el análisis del mito de Hércules, trataremos también de examinar la figura de Zeus con el fin de poner en cuestión la relación que debe existir entre el poder, la política, y el deporte.
- 3) A través del mito de Hermes reflexionaremos sobre la comercialización del deporte y el ideal cosmopolita como sustento normativo del Movimiento Olímpico Internacional.
- 4) Recurriremos a Hefestos para observar qué papel debe tener la tecnología en el deporte.
- 5) Por último, a través los mitos de Prometo y de Ícaro y Dédalo examinaremos la imagen del atleta como usurpador de la inmortalidad divina, es decir, la relación entre deporte y teología.

4.1. Hércules como padre espiritual del deportista y origen de los símbolos olímpicos

Hércules es el hijo de Alcmena y Zeus, quienes concibieron a Hércules mientras el marido de ella, Anfitrión, estaba en la guerra (Morford y Lenardon, 2002, 518-547). Al ser Alcmena una mujer mortal, Hércules nació siendo mitad dios, mitad humano. Hera, la mujer de Zeus, comenzó a sentirse celosa de Alcmena, así como de Hércules, por lo que, como castigo a su marido por su infidelidad, decidió vengarse haciendo la vida de Hércules lo más miserable posible. Para ello, un día, tomó control de su mente y le hizo enfurecer tanto que acabó matando a sus dos hijos y a su mujer Megara.

Cuando Hércules se repuso y recuperó el control sobre sí mismo, lamentó tanto lo que había sucedido que viajó a Delfos en busca de expiación y guía. El Oráculo le puso al servicio del rey Euristeo, quien dio a Hércules doce tareas. En cuanto las completara, su alma sería purificada de su horrible pecado. Entre estas tareas estaban las de matar y desollar el león de Nemea, capturar al toro de Creta, matar a la Hidra de Lerna, y limpiar los establos de Augías en un día. Hércules lo

consiguió y no sólo purgó sus pecados, sino que con ello se convirtió en el héroe griego más famoso.

Todo ello fue posible gracias a sus capacidades supra-humanas, como, por ejemplo, la fuerza. Sin embargo, Hércules seguía siendo humano en cuerpo, es decir, mortal. Para poder ser inmortal tenía que eliminar aquello que le ataba al mundo de los humanos, es decir, deshacerse de su cuerpo. Para ello, construyó una pira funeraria y pidió que la incendiaran en llamas para que él pudiera saltar a ella y morir a causa del fuego “purificador” (Morford y Lenardon, 2002, 537). Esto permitiría que su cuerpo desapareciera manteniendo de su naturaleza aquello que era inmortal y así poder reunirse con Zeus en el Monte Olimpo para convertirse en un verdadero dios.

Como vemos, Hércules logró la inmortalidad *a través de sus logros, no por nacimiento*. Al nacer sólo poseía cierto don, una ventaja añadida con respecto al resto que debía ser potenciada — entrenada — y sacada a relucir. Lo cual sólo fue posible a través del ascetismo al que se vio inducido tras el asesinato de su familia. Dadas estas condiciones, la vida de Hércules puede ser utilizada para ilustrar los símbolos principales sobre los que se sustenta el Olimpismo (Balius Juli, 1992). Así, por ejemplo, David J. Lunt defiende que “*el modelo heroico más atractivo para un atleta era Hércules*” (Lunt, 2009, 378).

Hércules reúne todas aquellas virtudes que son esenciales en los deportistas para lograr el éxito: fortaleza, ascetismo, trabajo para y con los otros, además de luchar para conseguir la excelencia (Morford y Lenardon, 2002, 538). Esta es posiblemente la razón por la que, por encima de Pélope, era y debe ser considerado el padre espiritual de los Juegos Antiguos. Todos los elementos normativos que describen al buen deportista se encontraban en su figura. Ésta puede ser utilizada para ilustrar perfectamente la corriente interpretacionista en filosofía del deporte que se autodenomina como “mutualista” (Simon, 2014).

Según esta corriente, aunque lo relevante de la práctica deportiva es la victoria, ésta no puede alcanzarse de cualquier modo. La lucha por ser el vencedor sólo puede lograrse si, primero, se persigue la excelencia deportiva, y no la victoria en sí, y si, segundo, ésta se trata de alcanzar concibiendo al oponente como un compañero en la empresa mutua de alcanzar la excelencia. Warren P. Fraleigh, uno de los padres de la filosofía del deporte concibe al oponente como facilitador y no como obstáculo para la verdadera victoria: el logro de la excelencia deportiva. Recordemos aquí esas famosas palabras erróneamente atribuidas a Coubertin que rezan: “*lo importante no es vencer, sino tomar parte en la competición*”. Es decir, hemos de enfatizar el proceso que lleva a la victoria, la cual es importante, frente al mero hecho de resultar vencedor.

Siguiendo con la simbología deportiva sugerida por el mito de Hércules, no podemos pasar por alto, como hace notar Heather L. Reid (2011), que la pira sacrificial a través de la que aquél logró la inmortalidad recuerda, sin duda, a la llama olímpica, que otorgaba la inmortalidad al deportista que era capaz de lograrla. Es por ello, que el primer estadio construido en Olimpia empezaba justo frente al altar donde se encendía la hoguera para comenzar el sacrificio en honor a Zeus durante los Juegos. Parece, pues, que el origen del estadio, la carrera a pie más famosa de la Antigüedad, tenía como objetivo primigenio determinar quién tendría el honor de encender la hoguera para comenzar el sacrificio en honor a Zeus. Ese mismo sacrificio, es el que en tiempos más avanzados se colocaba a mitad de los Juegos y los paralizaba por completo para que la gente se dedicara a sacrificar algunas de sus reses — u otros animales en su defecto — en honor a Zeus.

Esta es también la razón por la que, desde un principio, se generó la idea de que el vencedor de los Juegos no necesitaba de ningún premio material, pues encender la llama que daba comienzo al ritual sagrado era el mayor premio que se podía otorgar a un mortal. Por ello se coronaba al vencedor con hojas de olivo sacadas del patio privado del Templo de Zeus, en señal de que el vencedor se había ganado, como Hércules, el privilegio de reunirse con Zeus.

Lo cual nos conduce a esa inmortalidad que anhela el deportista mortal y que se logra a través de la gloria que supone que los otros le recuerden para siempre como vencedor, cuenten sus hazañas, hagan estatuas con su figura e inscriban su nombre en lugares dedicados a los vencedores, al igual que él se había dedicado a narrar las historias de caza, guerra y victorias protagonizadas tanto por su padre espiritual Hércules, como por otros atletas exitosos.

Aun podemos encontrar más “elementos olímpicos” dentro del mito de Hércules. Por ejemplo, en el caso de las doce labores de Hércules, se dice que Euristeo no aceptó dos de las tareas como completadas: la limpieza de los establos y la caza de la Hidra. Según el mandatario, Hércules las completó de un modo inadecuado, pues violó uno de los principios que regían su tarea expiatoria, a saber: tenía que ser él, y nadie más, quien completara las tareas. Sin embargo, Hércules fue ayudado por su sobrino Yolao en dichas tareas. Esta ayuda — o mejora — fue considerada como *un atajo ilegítimo*. Término éste que es central en uno de los debates más candentes de la filosofía del deporte actual: el dopaje.

Las sustancias de mejora del rendimiento son consideradas por muchos como atajos ilegítimos que el deportista no debe tomar si quiere completar su tarea como debe (Simon, 2014) . Lo cual, por ejemplo, al parecer de Simon, no sólo es una falta de respeto y de reconocer al otro como un fin en sí mismo, sino también a uno mismo, pues el dopaje supone instrumentalizarse a sí mismo para lograr un

objetivo de modo más rápido y eficiente. Igualmente, Hércules “instrumentalizó” a su sobrino para lograr su objetivo más rápidamente.

Hay un segundo motivo por el que Euristeo no aceptó la labor de la limpieza de los establos: la naturaleza inmaterial del premio a conseguir. Según el mito, Hércules buscaba la expiación, no obstante, también aceptó ser pagado por realizar la tarea. De este modo, se podría decir que, al igual que en el caso del atleta que recibe compensación monetaria en su búsqueda de la excelencia, la principal motivación para cumplir su cometido no era sólo intrínseca, sino que había otra de tipo extrínseco: la compensación monetaria. De nuevo, al igual que con la imagen de la corona de olivo y de la llama sacrificial, el ideal amateur propio del olimpismo moderno más temprano vuelve a subyacer y puede ser rastreado hasta el mito de Hércules.

Sin embargo, entre todas las lecciones que pueden aprenderse de Hércules, la más importante para los atletas, aquella por la que éstos le consideraban como padre espiritual de los Juegos, es, sin duda, su sobrehumana voluntad de superar las dificultades que encontraba en su camino con el fin de salir exitoso. Isócrates describe, por ello, a Hércules como “lleno de *agones*”, utilizando así una palabra que es clave para entender la mentalidad de la Grecia clásica.

Para el griego, sobre todo, para aquel de una pronta edad, la vida está llena de *agones*, es decir, contextos en los que tiene que encontrarse con los otros y mostrar, a través del enfrentamiento, que es más excelente. *Agon* era, también, el espíritu con el que los griegos afrontaban estos retos en particular y la vida en general, pues ésta se encontraba llena de *agones*. De hecho, según Hannah Arendt, este espíritu competitivo de los griegos fue el que acabó llevando a la ruina su mayor logro como comunidad: la democracia ateniense (2008).

Como se ha mencionado, el objetivo del griego no era sólo superar a los otros, sino competir por lograr la excelencia (*areté*) y el reconocimiento de los otros, el renombre (*kudos*). Éste era el modo de influir sobre los otros, convirtiéndose en un modelo a seguir: en vida, en el caso de la excelencia, y tras la muerte, en el del reconocimiento. Con ambos se lograba la gloria y, a través de ella, la inmortalidad. Lograr la excelencia física es pues el modo de lograr la gloria para el deportista:

“[c]omo Hércules, quien superó todos los obstáculos con éxito y completó sus tareas, o athla [término del que en ciertas lenguas creen que puede derivar el término atleta, entendido como “aquel que lucha por un premio, pues Athlon significaba premio], los atletas victoriosos buscan sus propias aventuras heroicas en su búsqueda del estatus de inmortal y los honores recibidos tras morir. Con vistas a kudos y ambrientos de kleos [que significa gloria], estos poderosos campeones

reclamaban un estatus heroico sobrehumano que les permitiera conducir a sus ciudades hacia la victoria en la batalla o a continuar ejerciendo influencia sobre asuntos terrenales después de su muerte [...] La fuerza, el poder, y la arete de sus victorias deportivas justificaban su conversión en héroes.” (Morford y Lenardon, 2002, 388)

Este ideal de la lucha por la excelencia y su relación con la gloria y la influencia ejercida sobre los demás, no sólo es básico en los debates teóricos en torno al deporte (López Frías, 2014), sino que permanece muy vivo en nuestras sociedades actuales. Por ejemplo, en una entrevista, Jorge Valdano afirmaba que “*los deportistas son los únicos héroes de nuestro tiempo*” (González, 2012). De hecho, los atletas son muy conscientes de ello. Tal y como muestra el controvertido periodista David Zirin (2013), cada vez más deportistas norteamericanos se involucran en causas sociales como la protesta por un asesinato injusto, las víctimas de un desastre natural, o el apoyo de la campaña electoral del primer presidente afroamericano de la historia de Estados Unidos. Cada vez son más conscientes de que tienen una responsabilidad con respecto a la sociedad.

Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado, aunque Hércules pueda considerarse como el modelo ideal del atleta, en la actualidad no son demasiados los deportistas hercúleos, sino que el modelo que predomina es otro, es decir, contamos con otras propuestas relativas a lo que supone ser un buen deportista. Este otro modelo es el ejemplificado en la figura de Prometeo y que se plasma perfectamente en el lema olímpico: “*citius, altius, fortius*” — más rápido, más alto, más fuerte- .

4.2. Prometeo: la verdadera imagen del deporte actual

Prometeo era un dios, hijo del titán Jápeto, cuyo nombre significa “planificador”, es decir, “aquel que piensa por adelantado”. Él ha sido concebido como creador y benefactor de la humanidad porque le otorgó a ésta los regalos necesarios para avanzar desde su estado primitivo de salvajismo hasta la civilización (Morford y Lenardon, 2002, 57). Por ello, su nombre siempre va ligado a la ciencia y el progreso, aunque no siempre en un buen sentido. Mary Shelley, por ejemplo, subtítulo su *Frankenstein* como “*el Prometeo moderno*”.

Uno de los regalos otorgados por Prometeo al ser humano es el fuego, el cual fue robado por él a los dioses en beneficio de sus adorados seres humanos:

“PROMETEO: -No creáis que mi silencio nace de debilidad o de orgullo; pero una idea me destroza el alma, viéndome ultrajado de esta suerte, porque ¿quién sino yo aseguró a esos dioses nuevos sus prerrogativas? Pero sobre este punto no diré más, pues sabéis muy bien lo que podría decir. Escuchad, en cambio, las miserias de los

mortales, y la manera como, de niños que eran, he hecho de ellos seres inteligentes, dotados de razón. Si lo refiero aquí, no es para denigrar a los humanos, sino para mostraros los beneficios que recibieron con mis dones. En el principio ellos veían sin ver, escuchaban sin oír, y semejantes a las imágenes de los sueños, vivían su larga existencia en el desorden y la confusión. Nada sabían de las viviendas construidas con ladrillos endurecidos al sol; no sabían labrar la madera, y vivían bajo tierra, como las ágiles hormigas, en lo más escondido de cavernas donde no penetraba la luz. No había para ellos señal segura ni del invierno ni de la florida primavera ni del fértil verano; todo lo hacían por instinto, hasta el día en que les instruí en la difícil ciencia de las salidas y los ocasos de los astros. Siguió después la de los números, la más importante de las ciencias que para ellos inventé, así como la composición de las letras, memoria de todas las cosas, madre de las Musas. También fui el primero que uní al yugo a los animales salvajes y los sujeté al arnés o al jinete, para que supliesen al hombre en los más rudos trabajos, y uní al carro los caballos dóciles al freno, ornamento de la vana opulencia. Nadie sino yo inventó los vehículos de alas de lino, en los cuales surca el marino los mares. ¡Y el desventurado que tantas cosas supo inventar para los mortales, no sabe hoy descubrir el secreto que le libere de sus miserias presentes!” (Esquilo, 2001, 442-506)

Diversos teóricos del deporte, como Mike McNamee, Hans Lenk, y David J. Lunt, han empleado el mito de Prometeo para reflexionar sobre el deporte contemporáneo. Del mismo modo que Prometeo usurpó el fuego a los dioses, el atleta quiere tomar algo divino: la inmortalidad a través del reconocimiento. Pero el modo de realizarlo siguiendo a Prometeo no parece que apunte a la excelencia, sino más bien al intento de superar límites, establecer records, es decir, avanzar a un estado superior llevando las limitaciones del ser humano más allá de sí mismas y, con ello, convertirse en algo que es más que humano, en sobrehumano.

Esa es, precisamente, la enseñanza que esconde el lema que Coubertin eligió para representar el espíritu olímpico: “*más rápido, más alto, más fuerte*”. En este sentido, pensamos que los Juegos Olímpicos modernos parecen representar el robo del fuego a los dioses para convertirse en ellos. Así pues, el atleta moderno que lleva la antorcha olímpica al lugar “sagrado” en el que van a acontecer los Juegos parece estar, en cierto modo, huyendo de los dioses tras haberles usurpado el fuego, para más adelante, llevarlo al lugar donde se celebrará la competición para convertirse en un “nuevo dios” entre los humanos. El principio que subyace a este modo de concebir el deporte no es otro que el de la victoria a toda costa y el esfuerzo por lograr más metas y records que nadie. Sólo así puede lograrse el tipo de trascendencia de límites que es necesaria para lograr la inmortalidad.

A su vez, otros temas interesantes pueden sacarse a la luz de este mito de Prometeo. El más claro de todos ellos es, sin duda, el del uso de la tecnología por parte de los seres humanos, ya que el fuego simboliza en este mito la razón humana

y su capacidad instrumentalizadora. Esto nos conduce a la introducción de otro dios, Hefestos, el dios artesano de los griegos. Las creaciones técnicas fueron siempre concebidas como instrumentos para adaptar el medio a nuestro antojo y hacerlo más habitable, seguro, y, sobre todo, adecuado a nuestros deseos. Lo que en un principio era una herramienta para el “bienser”, es decir, para cubrir nuestras necesidades como seres humanos y vivir como nos merecemos, se tornó en un diabólico instrumento al servicio del “bienestar” (2004), que es relativo a la satisfacción de nuestra insaciable facultad apetitiva, es decir, de nuestros infinitos deseos.

Este cambio también ha afectado la naturaleza del deporte, pues éste pasó de ser un instrumento para realizarse en tanto que personas, a convertirse en siervo de los deseos insaciables de deportistas ansiosos por victorias y premios. Por esto, es por lo que otros han interpretado a Prometeo como corrompedor de la humanidad. La tecnología es un arma de doble filo. Tiene un aspecto muy positivo y brillante, pero también un lado maligno y oscuro que se ilustra a la perfección en el mito de Ícaro y Dédalo. Éstos diseñaron dos pares de alas artificiales a base de plumas y cera con el fin de escapar del laberinto de Minos. Cuando comenzaron su huida y volaban sobre el mar, Ícaro trató de alcanzar el Sol, que simboliza lo divino, con la mala fortuna de que el calor derritió la cera que hacía posible sus alas y cayó al mar donde perdió la vida. De igual modo, el atleta que se deja llevar por el brillo y esplendor del Sol, de la victoria, puede acabar quemado y su preciado cuerpo hecho pedazos por culpa del mal uso de tecnologías como el dopaje o, simplemente, el exceso de entrenamiento. Así, Prometeo y su fuego no son más que una desgracia para el ser humano.

En línea con esta interpretación negativa de Prometeo, Hesíodo explica en su *Teogonía* que éste trató de engañar a los dioses durante una batalla, entre ellos y los humanos, acontecida en Mecone. Prometeo tomó un buey y lo desmembró con el fin de engañar a los dioses en favor de los humanos. Para éstos introdujo dentro del estómago del animal la carne y las tripas más grasientas, es decir, sus partes comestibles y más jugosas. Para los dioses, cogió los huesos y los envolvió con grasa blanca. Prometeo “engañó” a Zeus para que escogiera este primer paquete. Aunque el omnisciente Zeus ya lo sabía de antemano, decidió seguir el juego a Prometeo y, como castigo al descubrirse el engaño, castigó a los seres humanos con no concederles el fuego. Sin embargo, Prometeo lo robó para ellos. Lo cual supuso el castigo para ambos: Prometeo y la humanidad.

Nadie puede salirse de las reglas establecidas por Zeus sin ser castigado. Así, en este pasaje podemos observar el papel de las reglas en el deporte y su poder absoluto. Las reglas, al igual que Zeus, son incuestionables, principalmente porque, como ha mostrado Bernard Suits (2005), entre otros, romperlas significa atentar contra la naturaleza misma de lo que se está haciendo. Esto es lo que se denomina

la tesis de la incompatibilidad lógica: uno no puede competir sin aceptar las reglas, pues de no hacerlo, el mundo artificial en que consiste éste se da por concluido. Es lógicamente incompatible competir y romper las normas al mismo tiempo. El tramposo arruina el estado de cosas que da sentido al juego, por eso debe ser castigado duramente. Este complejo de Zeus es el que han adoptado muchas de las instituciones deportivas en lo relativo al castigo de los tramposos, ya que instituciones como la *Asociación Mundial Antidopaje* (AMA) castiga a los acusados de hacer trampa de un modo muy severo -e incluso podría decirse que desmesurado-, al igual que lo eran los castigos impuestos por Zeus.

Dada esta desmesura en sus castigos, no todos los dioses estaban de acuerdo con el modo de actuar de Zeus, por ejemplo Hefestos, quien lo consideró demasiado cruel y le criticó que podía ser más flexible y permisivo en algunas ocasiones. No obstante, Zeus no podía dar muestras de debilidad si quería mantener el poder absoluto. Al igual que la AMA no quiere reconsiderar aquellas políticas o castigos que otros le recriminan por excesivas. Esto supondría, o bien perder el poder absoluto o bien, quien sabe, su lugar en la cúspide de la gobernanza deportiva. De este modo, el criticismo en torno al deporte y el dopaje no es muy bien recibido en el seno de ésta, como no lo aceptaba Zeus. Se limita a expulsar a todo aquel que tiene que ver con lo que ella considera perjudicial para su causa de tolerancia cero. Del mismo modo que Zeus desterró a Prometeo a las montañas y lo encadenó a una roca, a casi nadie que ha sido castigado por la AMA le está permitido volver, así, queda encadenado a la piedra de la vergüenza y denigración social, como Armstrong. Aunque prescriban las penas, existe, como muestra Verner Møller, una ley no escrita y silenciosa que sigue castigando para siempre a los “culpables”. Para estos temas institucionales modernos y de poder, los mitos griegos también tienen mucho que aportar.

No estamos defendiendo aquí una posición pro-dopaje, sólo estamos criticando actitudes desmesuradas que de ser corregidas críticamente, pensamos que podrían llevar a un estado mejor de las cosas. Como enseña el mito de Prometeo, la tecnología en sí misma no es ni buena ni mala, depende del uso que se haga de ella. Lo mismo puede suceder con lo que actualmente denominamos como dopaje. Éste, como han defendido Claudio Tamburrini y Julian Savulescu podría servir para contrarrestar las desigualdades generadas por la lotería natural. Si encontramos un Hércules bendecido por los dioses en nuestro camino, ¿hemos de renegarnos y no intentar ser más excelente que él? ¿Por qué no podemos recurrir a la tecnología para equiparar fuerzas? En otros ámbitos la tecnología ya nos está librando del error y la injusticia, como por ejemplo, el ojo de halcón recientemente instalado en los campos de fútbol, que permite resolver con plena justicia los goles fantasmas que tratan de engañar a nuestros sentidos y a los de la propia Justicia.

4.3. Hermes y el cosmopolitismo moderno. El “traductor” de los dioses

Hermes es el hijo de Zeus y Maya, una de las Pléyades. Era comúnmente conocido como el mensajero, ayudante, o asistente de Zeus. De un modo deportivo, se le conocía también como “el corredor servicial” (Morford y Lenardon, 2002, 121). El hecho de que los griegos utilizaran este apelativo de corte deportivo no es casual, ya que Hermes tenía un papel importante en el deporte griego. Por ejemplo, se le concebía como el creador de diversos tipos de carreras y deportes, como la lucha o el boxeo. De hecho, muchos complejos deportivos antiguos tenían estatuas suyas, concibiéndole como el patrón de los atletas. Sin embargo, esta relación con el deporte no es exclusiva, pues Hermes era relacionado con una gran cantidad de actividades y prácticas sociales como la música, los juegos, la gente joven, el comercio, y, sobre todo, con la comunicación, ya que se trataba del traductor, o más bien, intérprete de las palabras divinas para los seres humanos. Él actuaba de intermediador entre lo terrenal y lo divino.

Más allá de ser concebido como patrón de los atletas, muchas de las prácticas sociales que se relacionan con Hermes están íntimamente ligadas al deporte como, por ejemplo, el comercio. Uno de los grandes debates en torno al deporte actual es el relativo a la comercialización del deporte, sobre todo, en Estados Unidos donde los atletas universitarios supuestamente deben ser amateurs, centrados en su formación como personas, a través de la educación y el deporte. Sin embargo, dado que el deporte universitario genera millones de dólares, este ideal se ha perdido, y el deporte universitario está tan comercializado como cualquier práctica profesionalizada.

En esta sección dedicada a Hermes nos vamos a centrar, principalmente, en dos aspectos atribuidos a él: primero, su relación con el juego y la juventud, y, segundo, su papel como intermediario entre ámbitos opuestos, como el mundo humano y el divino. Según la mitología, él fue el primero en hacer la primera lira del caparazón de la tortuga (Morford y Lenardon, 2002, 258). Este aspecto muestra su espíritu lúdico que le permitía convertir cualquier cosa o actividad en algo divertido, algo con lo que jugar. Este mismo espíritu, o “actitud lúdica” es, precisamente, el que según Suits permitió el surgimiento del deporte (Suits, 2005, 54-56), ya que los juegos deportivos no son más que la sofisticación y complicación de ciertas actividades cotidianas como, por ejemplo, llegar a un punto determinado, introducir algo en una canasta, o golpear un objeto con un palo. Precisamente por esto, la cigarra es el animal que ejemplifica este espíritu. De seguro que si Suits hubiera buscado localizar su actitud lúdica en un dios griego, ese habría sido Hermes, pues él personifica ese espíritu capaz de crear obstáculos innecesarios con el sólo afán de disfrutar la diversión que caracteriza al deporte.

En relación al papel de Hermes como mediador, defenderemos que éste, además, ejemplifica, al igual que Hércules, como patrón del atleta, el espíritu ideal del competidor y su espíritu abierto y cosmopolita. Siguiendo la errada creencia de que los griegos declaraban la paz durante los Juegos para que ninguna guerra los interrumpiera, Coubertin trató de convertir su versión moderna en un medio para la promoción de la paz y el entendimiento entre diversas culturas y sociedades. Si bien esta creencia está equivocada, pues hubo guerras durante los Juegos e, incluso, en las propias ciudades supuestamente sagradas donde se desarrollaban las competiciones, lo que sí existía era una especie de pase diplomático por el que se dejaba pasar por territorios hostiles a los atletas y a sus acompañantes para que pudieran acudir a los Juegos. Aun siendo errada esta concepción, el valor cosmopolita de los juegos no cambia. En otro lugar hemos defendido que el valor de la hospitalidad era clave en Olimpia (López Frías, 2014), y ésta es, sin duda, un requisito esencial de la ciudad o persona cosmopolita. Si bien en la Grecia Antigua se trataba tan solo de cosmopolitismo heleno, pues griegos, pero sólo griegos, de todo el mundo estaban, invitados a participar.

A pesar de todo esto, la idea de Coubertin se sigue sosteniendo. Él concibió el deporte como un modo de mostrar a todos los ciudadanos del mundo que deben tener los mismos derechos, dignidad y oportunidades que el resto. Este ideal es, probablemente, uno de los más importantes del Olimpismo moderno (Loland, 1996). El cosmopolitismo es omnipresente, desde el propio logo olímpico: los cinco anillos que simbolizan cada continente, hasta los principios expuestos en la *Carta Olímpica*:

“1. El Olimpismo es una filosofía de la vida, que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Al asociar el deporte con la cultura y la formación, el Olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor educativo del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales.

2. El objetivo del Olimpismo es poner siempre el deporte al servicio del desarrollo armónico del hombre, con el fin de favorecer el establecimiento de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de la dignidad humana.

3. El Movimiento Olímpico es la acción concertada, organizada, universal y permanente, ejercida bajo la autoridad suprema del COI, sobre todas las personas y entidades inspiradas por los valores del Olimpismo. Se extiende a los cinco continentes y alcanza su punto culminante en la reunión de los atletas del mundo en el gran festival del deporte que son los Juegos Olímpicos. Su símbolo está constituido por los cinco anillos entrelazados.”

El espíritu conciliatorio y cosmopolita de Hermes se refleja pues en estos principios de un modo claro. El cual nos enseña que las instituciones deportivas

podrían poseer un espíritu más flexible y dialogante que el que muestran en la actualidad, tomándose en serio eso de actuar como verdaderos mediadores entre las personas y los ideales que se pretenden alcanzar en nuestras sociedades como, por ejemplo, el de una sociedad cosmopolita. Lo cual no es tan evidente ni común. Por ejemplo, cuando Tommie Smith y John Carlos en los Juegos Olímpicos de México de 1968 realizaron el saludo “*Black Power*” en señal de protesta por la violación de los derechos civiles de los ciudadanos afroamericanos, en vez de unirse a su causa, el COI, con Avery Brundage a la cabeza, les castigó y solicitó su expulsión, tanto del equipo olímpico como de la villa olímpica, por concebir su gesto como inadecuado en un evento apolítico como los Juegos Olímpicos. De nuevo, los mitos sirviéndonos para tratar de dar un carácter más dialógico y ético a nuestro deporte, en vez de un aspecto más “cosmético” y comercializado.

5. De mitos y educación. Una propuesta de educación olímpica “encantada”

Como hemos visto a lo largo de este artículo, los Juegos Olímpicos, tanto en su versión moderna como antigua, nos sugieren una serie muy rica de mitos que puede utilizarse como medio para promover la reflexión crítica dentro de la práctica deportiva, sobre todo, en el ámbito pedagógico-deportivo. Tal y como mostramos en el apartado segundo, el desencanto de la realidad producido por la Modernidad nos ha llevado a abandonar y olvidar el papel que estas narraciones míticas pueden jugar. Sin embargo, esto es un error. Contra esta tendencia, afirmamos que los mitos son una herramienta didáctica de grandísimo valor que no puede ser menospreciada y olvidada.

Así, pues, desde artículos como éste esperamos haber mostrado que los educadores deportivos de nuestro tiempo tienen en los mitos la manera de fomentar ese pensamiento crítico del que tan falta andan nuestras sociedades en general y el mundo del deporte en particular. Además, no puede olvidarse que éstos apuntan siempre a una dirección final ideal: la realización del hombre como tal, es decir, la educación, entendida como *paidéia*, que en el sentido griego debe entenderse como el modo de conducir al ser humano hacia esa meta. En ella, como acertadamente supo ver Coubertin, está, a nuestro juicio, el espíritu conciliatorio y dialógico del ciudadano del mundo cosmopolita. Estos principios y valores deben ser tenidos en cuenta y enfatizados. Esto será una tarea, no sólo de los educadores, sino también de las instituciones deportivas.

Cuando a Atenas se le concedieron los Juegos Olímpicos de 2004 se esperaba que éstos revivieran la antigua magia de los Juegos, algo difuminada tras los ultra-comercializados Juegos de Atlanta y Sidney. El famoso legado olímpico no consiste sólo en infraestructuras, records, y beneficios materiales, sino, sobre todo, en principios y valores. Si no sacamos a relucir a éstos, la magia tanto del

deporte olímpico como de cualquier tipo de práctica deportiva, se nos esfuma y nos quedamos con una práctica más entre otras, unidimensional, sin nada que destacar.

6. Referencias bibliográficas

- Adorno, Th. & Horkheimer, M. (1991). *Dialectic of enlightenment*. New York: Continuum.
- Arendt, H. (2008). *The Promise of Politics*, Barcelona, Paidós Ibérica Ediciones.
- Badius Juli, R. (1992). Heracles, Barcelona and the Games, *Olympic Review: Art and Sport*, 299, September, pp. 440-443.
- Carrington, B. (2004). Cosmopolitan Olympism, Humanism and the Spectacle of «Race» (pp. 81-99), en J. Bale & M. K. Christensen (Eds). *Post-Olympism? Questioning Sport in the Twenty-first Century*. New York: Berg.
- Conill, J. (2004) *Horizontes de economía ética*. Madrid: Tecnos.
- Dodds R. (1951). *The Greeks and the Irrational*. Berkeley: University of California Press.
- Esquilo. (2001) *Prometeo encadenado*. Santiago de Chile, Pehuén Editores.
- González, E. (2012). Jorge Valdano: «En la sociedad actual no hay más héroes que los deportistas». *Jot Down: Contemporary Culture Magazine*, <http://www.jotdown.es/2012/05/jorge-valdano-en-la-sociedad-actual-no-hay-mas-heroes-que-los-deportistas/> [Consultado por última vez 20-08-2013]
- Habermas, J. (2009). *¡Ay, Europa! Pequeños escritos políticos*. Madrid: Trotta.
- IOC (1991). *The Olympic Charter*. Lausana.
- Isidori, E. y Reid H. L. (2011). *Filosofía dello sport*. Rome: Mondadori Bruno.
- Isidori, E y López Frías, F. J. (2014) Sport and Democracy: Philosophical trends and educational challenges in contemporary society, *Cultura, Ciencia y Deporte*, 9(27).
- Jaeger, W. (1942). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lenk, H. (1976). “Herculean «Myth» Aspects of Athletics”. *Journal of the Philosophy of Sport*, 1 (3), pp. 11-21.
- Loland, S. (1994). Pierre de Coubertin’s Ideology of Olympism from the Perspective of the History of Ideas, *Proceedings: Critical Reflections on Olympic Ideology: Second International Symposium for Olympic Research*, International Centre for Olympic Studies, pp. 26-45.
- López Frías, F. J. (2014). El deportista como figura moral de nuestro tiempo, *Revista Internacional de Derecho y Ética del Deporte*, 1.
- Lunt, D. J. (2009). The Heroic Athlete in Ancient Greece, *Journal of Sport History*, 36 (3), pp. 375-393.
- McLaughlin, D.W. y Torres, C. (2012) More than Games: Olympism as a Moral Approach to Sport, en Heather L. Reid & Michael W. Austin, *The Olympics and Philosophy*, Lexington, The University Press of Kentucky.

- McNamee, M. (2006) Olympism, Eurocentricity, and Transcultural Values, *Journal of the Philosophy of Sport*, 33 (2), pp. 174-187.
- Mélich, J. C (1996). *Antropología simbólica y acción educativa*. Barcelona, Paidós.
- Møller, V. (2010). *The Ethics of Doping and Anti-Doping: Redeeming the Soul of Sport?* New York: Routledge.
- Morford, M. P.O. & Lenardon, R.J. (2003). *Classical Mythology*. New York: Oxford University Press.
- Morgan, W. J. (1994) *Leftist Theories of Sport: A critique and reconstruction*, Champaign: University of Illinois Press.
- Morgan, W. J. (2012) Broad Internalism, Deep Conventions, Moral Entrepreneurs, and Sport, *Journal of the Philosophy of Sport*, 39(1).
- Naul, R. (2008). *Olympic Education*. Maidenhead: Meyer and Meyer
- Parry, J. (2006) Sport and Olympism: Universals and Multiculturalism, *Journal of the Philosophy of Sport*, 33 (2).
- Reid, H. L. (2011). *Athletics and Philosophy in Ancient World: Contests of Virtue*. New York: Routledge.
- Segal, A. R. (2004). *Myth. A very Short introduction*. London: Oxford University Press.
- Simon, R. L. (2014) Theories of Sport, en C. Torres, *The Bloomsbury Companion to the Philosophy of Sport*. Londres: Bloomsbury Publishing.
- Suits, B. (2005). *The Grasshopper: Games, Life and Utopia*. Broadview Press.
- Turró Ortega, G. (2013). *El valor de superarse. Deporte y humanismo*. Barcelona: Editorial Proteus,
- Webber, M. (2001) *La ética protestante y el "espíritu" del capitalismo*. Madrid, Alianza Editorial.
- Young, D. C. (1996) *The Modern Olympics: a struggle for revival*, Baltimore: John Hopkins University Press.
- Zirin, D. (2013). *Game Over: How Politics Has Turned the Sports World Upside Down*. New York: The New Press.